XV

Es el amanecer de un día nublado de Septiembre; pocos faltan para que se acabe, y la lluvia cae por intervalos espesa y fría en las calles de París.

El Marqués de Montbar se paseaba ya por su aposento; había velado toda la noche, y así lo demostraban dos bujías casi consumidas, cuyos restos ardían en dos candelabros de plata, á pesar de penetrar ya por los cristales la dudosa claridad del día.

La noche anterior habían llegado de Sevilla el Marqués, la Marquesa y Mr. de Valence. Ni una palabra habían cambiado en todo el camino; Cristina, presa de una terrible fiebre, había venido recostada en un rincón del carruaje; los dos rivales habían guardado un profundo y obstinado silencio.

Con más frecuencia y con más piedad también que las de Edmundo, se habían detenido sobre la Marquesa las miradas del ultrajado esposo; pero ella no tenía el atrevimiento de soportarlas, y si bien su imaginación, exaltada siempre, y más aún en aquellas extremas circunstancias, le de-

cía que no era un crimen amar á otro que á su marido, la vergüenza de su falta y la voz de su conciencia hablaban más alto que los sofismas de su cabeza.

Así que llegaron á su casa, Cristina se retiró á su cuarto, y á las repetidas preguntas de Águeda sólo respondió que se sentía enferma y que necesitaba de reposo.

¡Terribles fueron las horas de aquella noche! Su huella profunda se grabó en las delicadas facciones de Cristina, que á la luz del día aparecieron marchitas para no adquirir ya más su anterior frescura.

¡Iban á batirse! ¿Cuál de los dos moriría? Si sucumbía Edmundo, ¿cómo podría soportar el peso de la vida?

Apenas la aurora empezaba á enviar al mundo su primera luz, oyó Cristina que alguien entraba á ver á su marido. Preguntó quién era, y le dijeron que el Conde y el Vizconde de Valence.

Oyóles asimismo salir, y, en su angustia mortal, corrió al aposento de su marido y llamó á la puerta, que estaba cerrada desde que habían salido los testigos.

—¿Quién va? — preguntó la voz de Mr. de Montbar.

—¡Soy yo! — dijo Cristina con acento tembloroso.

La puerta se abrió. La Marquesa dió dos ó tres pasos en la estancia; pero era tanta su emoción,

que sus piernas se negaban á sostenerla, y tuvo que apoyarse en una silla para no caer.

Su marido fué hacia ella, la tomó por la mano y la condujo á un asiento.

—Cálmate, Cristina—le dijo,—y dime lo que quieres. Tu estado me causa una profunda piedad... habla, amiga mía, habla: ¿qué deseas? No me temas: mi corazón no guarda ni un solo reproche para tí... yo soy aquí el más culpable... no he sabido cuidar de tu dicha, y por lo mismo, de la mía. Por olvidar el dolor que me causaba la muerte de Julia, me dediqué á los negocios, á la política, en fin, á distraerme: he sido un marido como tantos otros; pero no me portaré como ellos, no te castigaré ni te culparé: ¡nada temas!

—¡Oh, suprema bondad!—exclamó la Marquesa, cayendo de rodillas á los pies de su marido.—Esas dulces palabras me desgarran el alma más que sangrientas reconvenciones. Mátame, Jorge, mátame... ¡pero no te batas!

—¡Matarte!—repitió el Marqués, poniendo su mano enflaquecida sobre la cabeza inclinada de su mujer.—Eso, Cristina, no sería digno de mí ni podría hacerlo. Yo no soy un cobarde; pero tendría miedo á lo que me sucedería después de tu muerte: tu sombra ensangrentada me perseguiría sin tregua y no me dejaría descanso ni paz. ¡Hazaña triste es matar á una mujer! No espere ya el que la lleve á cabo un instante de tranquilidad, ¡no! Yo soy cristiano y rezo cada noche,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MÉXICO

gracias á Dios, las oraciones de mi infancia, y digo de todo corazón estas sublimes palabras: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*. Yo te perdono, Cristina.

—Entonces, Jorge—dijo ésta levantándose con la esperanza en los ojos,—¿por qué vas á batirte?

—Por dos razones—repuso el Marqués, haciendo sentar de nuevo á su esposa.—Para castigar á ese hombre, que no ha respetado en tí á mi mujer, y con la esperanza de morir. Si le mato, queda castigado; si me mata á mí, tú te verás libre y yo descansaré en el sepulcro de toda una vida de dolores.

—¡No, no! Ese duelo impío no puede llevarse á cabo—exclamó la Marquesa.—¡Su padre, su hermano no lo consentirán!

—Su padre y su hermano acaban de arreglar conmigo las condiciones; dentro de una hora debemos hallarnos sobre el terreno.

—¡Jorge, por Dios! ¡renuncia á ese proyecto! —dijo la Marquesa, cayendo á los pies de su marido y torciéndose las manos.—¡Mírame á tus plantas! ¡Yo me encerraré en un convento! ¡huiré del mundo para siempre! ¡Piedad, piedad!

—Nadie te compadece más que yo, Cristina; pero es imposible lo que me pides, ¡es imposible! ¡He perdido la dicha; déjame al menos el honor!

—¡Pero, Dios mío, yo voy á volverme loca! ¿Qué armas habéis elegido?

—No quieras que te hable de estas cosas, mi pobre amiga—dijo el Marqués, volviendo á levantar á Cristina y llevándola dulcemente hacia la puerta.—Cálmate, retírate á tu cuarto... La Princesa va á venir y Diana la acompañará, pues acabo de escribirles dos letras. Ten valor para dominarte y calma para escuchar sus consuelos.

—¡Y mi padre! ¡mi padre, gran Dios! ¡Qué dirá de mí! ¡Qué dirá de su culpable hija!

—Yo hubiera querido ocultar á tu propia familia este desgraciado acontecimiento—dijo tristemente el Marqués;—pero no ha sido posible. Te suplico de nuevo que te tranquilices y que no me quites el valor.

En aquel instante se detuvo un carruaje en la calle, y poco después sonó la campanilla de la puerta de entrada.

Uno de los criados que estaban levantados desde muy temprano, sorprendido, como sus compañeros, de la agitación que reinaba en la casa, abrió.

La persona que llamaba era el Vizconde de Valence, que traía bajo el brazo una caja de pistolas.

Cristina, al verle, lanzó un grito de terror, y se dejó caer de rodillas delante de él.

—¡Piedad, Vizconde!—exclamó.—¡Que no se lleve á efecto ese duelo fatal! ¡Impídalo usted, por el amor de Dios!

—No puedo, señora—respondió friamente el Vizconde:—usted debía haber evitado que se provocase; ahora ya es imposible retroceder.

La Marquesa se dejó caer de espalda contra un asiento, sin hallar fuerzas para levantarse, sin color y sin voz.

El Marqués y el Vizconde aprovecharon aquel instante, y salieron.

El ruido del carruaje que se alejaba sacó á Cristina de su atonía, y levantándose corrió á su cuarto dando gritos desesperados, y se arrodilló delante de un crucifijo.

Pero su cabeza, extraviada, no le permitía rezar; veía las mortíferas pistolas apuntando, y luego caer dos cuerpos bañados en sangre; dos hombres que cerraban para siempre sus ojos, acusándola de su muerte.

Entre tanto, el Marqués y su padrino llegaron silenciosamente al sitio designado de antemano, que era detrás de las tapias de los Inválidos; apeáronse y se pusieron á pasear, guardando siempre el silencio más profundo.

¿De qué podían hablar entonces aquellos dos hombres, aunque unidos por la más cordial y sincera amistad? Arturo de Valence temblaba por la vida de su hermano; de su único hermano, al que quería con la mayor ternura.

Un enojo sordo contra la Marquesa llenaba su corazón; acusábala de la desgracia que abrumaba á su familia, del dolor que torturaba á su marido y del pesar que debía desgarrar el corazón de su anciano padre.

A la tercera vuelta vieron llegar otro coche, y

descender de él á un joven que ayudó á apearse á un venerable anciano.

Aquella cabeza blanca, inclinada sobre el pecho por un profundo dolor, hizo temblar á Mr. de Montbar; pensó en el martirio del pobre padre sirviendo de padrino á su hijo, y pidió perdón á Dios de habérselo ocasionado.

Edmundo tenía también una caja de pistolas bajo el brazo, que entregó á su padre poco antes de llegar á donde estaba su adversario.

Saludáronse todos friamente. Se examinaron las pistolas, se contaron los pasos de distancia; los dos contendientes se pusieron el uno enfrente del otro, con la pistola en la mano, y se apuntaron.

La palidez de los padrinos era terrible; pero ningún músculo de su rostro pintaba la más leve agitación.

El Conde, inmóvil, parecía la estatua del horror, con su frente severa y espaciosa coronada de cabellos blancos.

Él fué quien dió la señal con una palmada, y en el mismo instante salieron los dos tiros.

La bala del Marqués fué á sepultarse en el costado de Edmundo; la de éste pasó rozando el hombro de Mr. de Montbar.

Los cocheros transportaron á Mr. de Valence al coche que le había traído con su padre y en el que se había quedado un cirujano; éste sacó del botiquín que llevaba trapos y vendas para restañar la sangre, pues la hemorragia era alarmante.

Mr. de Montbar y el Vizconde estuvieron mirando cómo colocaban al herido.

—¿Es peligrosa la herida?—preguntó el Marqués.

—Bastante, caballero—respondió el facultativo;—pero—añadió mirándole,—veo que también tiene usted el hombro lleno de sangre.

—Esto no es nada—repuso Mr. de Montbar:—una ligera rozadura. ¡Ojalá que no ofreciese más peligro la herida de Mr. de Valence!

Dichas estas palabras se encaminó á su coche, con el semblante triste, seguido del Vizconde.

—Amigo mío—le dijo,—puede usted acompañar á su padre y á su hermano: mi estado no ofrece el peligro más leve.

—Sin embargo, no debo abandonar á usted—dijo el Vizconde.—¿Por qué no permite usted que registren la herida?

—No, no: es inútil, y no merece la pena,—repuso el Marqués.

El cochero azotó á los caballos, que tomaron un medio galope.

XVI

Al día siguiente, todo París tenía noticia del duelo ocurrido entre el Marqués de Montbar y Mr. de Valence, y de todas las circunstancias que le habían precedido, así como del motivo de él.

¿Quién lo había dicho? Con claridad, nadie; pero dado el hecho, se fueron recogiendo indicios y detalles: se supo que se habían hallado en España los Marqueses de Montbar á Mr. de Valence; que habían venido juntos, y que el duelo había tenido lugar: no fué menester otra cosa para que la reputación de la Marquesa quedase lastimosamente comprometida.

Cuando el Marqués llegó á su casa, su mujer corrió á su encuentro con ansia; pero tranquilizada ya respecto de su herida, no se atrevió á preguntarle nada acerca de la de Edmundo: era ésta una crueldad de la que no era capaz Cristina, cuyo corazón era tan noble, aunque estuviera extraviado por una loca pasión.

Tampoco Mr. de Montbar pronunció el nombre de su enemigo; se hizo curar la leve herida que tenía en el hombro, y luego fué al cuarto de su